



Señor del Milagro Salta Argentina

Reina Católica

Comisión Isabel la Católica – Arzobispado de Valladolid - Número 16- Marzo 2008

www.reinacatolica.org

T. 983300026

Fax 983202447

e-mail: isabelcatolica.va@planalfa.es

El descubrimiento de América, una gran empresa política

“La gesta española” José Javier Esparza, Ed. Áltera, 3ª ed. en dos meses

EL descubrimiento de América fue una hazaña científica, fue una aventura humana al límite de la supervivencia y fue, además, una enorme empresa política. Los españoles, al mismo tiempo que abrían el océano Atlántico, que inauguraban la era de las grandes exploraciones (junto a Portugal) y que hacían entrar a América en la historia, afrontaban también el desafío de una colonización que en muchos aspectos fue superior a la desarrollada por el Imperio romano. En el origen de esa empresa hay una decisión política. Y esa decisión tuvo unos protagonistas fundamentales: los Reyes Católicos.

Los Reyes Católicos improvisan un proyecto

Los Reyes buscaban una ruta comercial; en vez de eso, se encontraron con inmensas franjas de tierra sin explorar. Hay que intentar ponerse en la cabeza de Fernando e Isabel para calibrar bien el dilema. Las otras grandes empresas coloniales de la historia habían

sido obra de naciones con exceso de población: fue así en Roma y será así en los siglos siguientes. Pero España no tenía un exceso de población, al revés. ¿Cómo y, sobre todo, por qué abordar semejante aventura?

Volvamos a la cabeza de Fernando e Isabel. Han construido un gran reino. Su ambición permanente ha sido consolidar el poder de España. Para eso han multiplicado los esfuerzos de unificación tanto en lo territorial como en lo religioso. Su horizonte político es el de cualquier príncipe del Renacimiento: Europa, el Mediterráneo; más allá, los turcos. Los Reyes quieren, como es lógico, que España sea la gran potencia europea. Y por eso su mayor rival es, de manera casi natural, la otra gran potencia: Francia. Para aislar a Francia, Fernando e Isabel han diseñado una inteligente política de alianzas con Portugal, Inglaterra, el Imperio romano-germánico y Génova. No es sólo una cuestión de ambición de poder: la obsesión de Isabel, respaldada hasta donde sabemos por Fernando, es prolongar la Reconquista, convertirla en Cruzada y devolver el norte de África al espacio mediterráneo original -romano y cristiano-, arrebatándoselo a los musulmanes. Ese era el gran proyecto, político y religioso a la vez, de los Reyes Católicos. Para eso necesitaban el oro; para eso necesitaban nuevas rutas hacia las Indias; para eso financiaron la aventura de Colón.

Pero ahora, de repente, se encuentran con algo completamente imprevisto: en medio del océano han aparecido enormes extensiones de tierra desconocida. Aún no sabemos para qué nos va a servir, pero hay expectativas: tierra virgen, riquezas escondidas, pueblos que evangelizan. Por otro lado, el enemigo francés aprieta: quiere invadir Nápoles, lo cual nos va a obligar a plantarle cara en Italia -aquí es donde nacerían los tercios-. Y, desde luego, con quien no vamos a pelearnos es con Portugal: ya hemos hecho las paces tiempo atrás, hemos firmado tratados, nos hemos repartido el océano -hay mar para todos y, para sellar todo eso, Isabel, hija de los Reyes Católicos, va a casarse con el heredero de la corona portuguesa. De manera que sólo hay una opción razonable: dejar de lado la aventura norteafricana y volcar sobre las nuevas tierras la energía de la Corona; descubrir, colonizar, evangelizar.

No nos vamos a pelear con Portugal, en efecto. España y Portugal son las dos grandes potencias navales del momento: esas nuevas tierras ahora descubiertas pueden ser para cualquiera de los dos. Pero ni España ni Portugal desean una guerra como la que habíamos librado veinte años atrás. De manera que las coronas española y portuguesa vuelven a buscar un acuerdo, se someten al arbitrio del Papa, Alejandro VI (un valenciano, Rodrigo Borja), que dicta una bula cuyas líneas quedarán selladas en el Tratado de Tordesillas de 1494: España y Portugal se reparten pacíficamente el océano. Y no sólo eso, sino que asumen la obligación de evangelizar a los nativos de las tierras por descubrir. Ya no hay trabas para la gran empresa política de la colonización.

Una colonización al estilo español

Los primeros años de la colonización fueron muy complicados. No sólo por la exploración de un mundo desconocido y por la adaptación física a un medio difícil - nuevo clima, nueva alimentación, insectos, etcétera-, sino también por las disensiones sobre la propia práctica de la colonización, sobre cómo había que hacerlo. Para decirlo en dos palabras: aquello empezó siendo un desastre sin paliativos. Durante los primeros dos o tres años de la colonización, los españoles van a sufrir una extraña mezcla de locura del oro y fiebre tropical que va a producir muchas más penas que glorias. Tenemos de todo: latrocinios, asesinatos, abusos contra los indios, muertes masivas por enfermedad entre los propios colonos... ¿Qué estaba pasando? Estaba pasando que el sistema de Colón no era el adecuado. Y esto los Reyes lo supieron bastante pronto. Vamos a contar cómo paso.

Como los Reyes querían controlar de cerca lo que pasaba en las nuevas tierras, con el segundo viaje de Colón mandaron a las Indias a dos hombres de confianza, dos catalanes: Pere Margarit, un militar prestigioso, caballero de Santiago, que se encargaría del dominio político y militar de la zona, y fray Bernardo Boil, un benedictino que había abrazado las enseñanzas de San Francisco de Paula y que iba a ser el primer vicario apostólico en las tierras descubiertas. Tanto Margarit como Boil acabaron muy enojados con lo que estaba ocurriendo en las Indias, con el sistema que Colón y sus parientes habían impuesto allá. Tanto se enojaron que rompieron con el almirante, volvieron a España y presentaron sus informes a los Reyes. Y aquí comienza la ruina de Colón, porque lo que Colón estaba haciendo no era lo que los Reyes -ni, en general, los españoles querían. Años más tarde, otros enviados de los Reyes volverán con las mismas denuncias. De este modo la colonización de América terminó haciéndose... a pesar de Colón.

Para explicarlo sumariamente, digamos que Colón había pensado implantar en las nuevas Indias el mismo sistema que los portugueses estaban empleando en Africa y que, además, coincidía con el modelo de explotación mercantil al estilo italiano: factorías comerciales, colonización en régimen asalariado (es decir, que los colonos iban allí a trabajar por un sueldo, no a establecerse con sus familias ni a tener tierras), derechos económicos compartidos exclusivamente por el descubridor y la Corona, esclavización y venta de la población nativa, etcétera. Ese es el régimen que Colón intentará imponer en los primeros años en la isla de La Española. Ahora bien, ese modelo no lo aceptaba nadie en España. Primero, porque a los Reyes Católicos, que tenían un proyecto evangelizador para las nuevas tierras, les repugnaba la idea de la esclavitud; de hecho, sabemos que Colón hizo todo lo posible para que los Reyes no se enteraran de que había comenzado un incipiente tráfico de esclavos, rápidamente desbaratado. Y además, ocurre que ese modelo era completamente ajeno a lo que venía siendo la tradición repobladora y colonizadora española desde el comienzo de la Reconquista -ya hemos hablado aquí de ella-, una tradición que se basaba en la figura del campesino libre, también del campesino soldado, que llega a unas tierras, las ocupa con su familia, las trabaja y las defiende

como señor de ellas; una forma natural y espontánea de iniciativa privada popular, muy lejos de lo que Colón pretendía. Y los Reyes, Isabel y Fernando, que conocían a su gente, sabían que los españoles sólo irían al otro lado del mar si se les ofrecía un señorío, una tierra, una independencia personal, en fin, una dignidad coherente con su carácter, pero no un salario en una factoría. Y muy pronto, como era inevitable, se impuso el modelo español tradicional.

Por qué los indios no fueron esclavos

Esto es muy importante subrayarlo: los españoles inventan en América una nueva forma de colonización, un modelo que ninguna de las potencias de la época - ni Portugal en su zona, ni los turcos en la suya- estaba aplicando. Nuestro modelo se parece bastante al que desplegó Roma en la fase alta del Imperio, pero con la crucial salvedad de que se prohibió la esclavización de las poblaciones autóctonas, en consonancia con el carácter evangelizador y religioso que tuvo la conquista desde el primer momento. Se trataba, además, de algo que los Reyes Católicos tenían muy claro: nada de esclavitud. Isabel lo expresó muy bien en su testamento:

Quando nos fueron concedidas por la Santa Sede Apostólica las Islas y Tierra Firme del mar Océano, descubiertas y por descubrir, como así se lo suplicamos al Papa Alejandro VI, de dichosa memoria, que nos lo concedió, nuestra principal intención fue procurar inducir y traer a los pueblos de allá y convertirlos a nuestra santa fe católica, y enviar a las dichas islas y tierra firme preladados, y religiosos, y clérigos y otras personas doctas y temerosas de Dios, para instruir a los vecinos y moradores de ellas en la fe católica, y enseñarles y adoctrinarles en las buenas costumbres, y poner en ello la diligencia debida [...]. Por tanto suplico al rey mi señor, muy afectuosamente, y encargo y mando a la princesa Juana, mi hija, y al príncipe Felipe, su marido, que así lo hagan y cumplan, y que este sea su principal fin, y que en ello pongan mucha diligencia, y que no consientan ni den lugar a que los indios, vecinos y moradores de las dichas Indias y Tierra Firme, ganadas y por ganar, reciban agravio alguno ni en su persona ni en sus bienes, sino que manden que sean bien y justamente tratados, y si algún agravio han recibido, lo remedien.

Hay que decir que este celo por la dignidad de las poblaciones indígenas es un rasgo exclusivo del imperio español. No lo vamos a encontrar en ninguna otra potencia de la época, porque tampoco lo encontraremos ni siquiera muchos siglos después, cuando comience la gran era colonial, ni en la América anglosajona ni en el África bajo dominio europeo. Y por supuesto que en nuestra América habría abusos y excesos, pero, precisamente, pudieron ser denunciados como tales -cosa que no ocurrió en ningún otro imperio colonial- porque existían leyes que protegían a los indios. No fue sólo la voluntad de Isabel la Católica, sino que todas las ordenanzas posteriores van a insistir en ese punto una y otra vez. Fernando el Católico hace promulgar las Leyes de Burgos en 1512 para

que a los indios «se les guarden las exenciones y privilegios que se les concedieren», lo cual es importantísimo, porque significa que los indios son sujetos de derecho. Carlos I insistirá en esta idea: «Que los descubridores guarden lo dispuesto en favor de los indios»; encomendará a los clérigos «que fueren en descubrimiento» que vigilen «el buen tratamiento de los indios» y prohibirá a los gobernadores «tener indios si no es como intérpretes». Felipe II repetirá, más tarde, la misma orden: «Que los descubridores no se embarquen en guerras ni bandos entre los indios, ni les hagan daño, ni tomen cosa alguna». Esta línea de pensamiento alcanzará su expresión más profunda en la Controversia de Valladolid, hacia 1550: fue el año en que los españoles inventaron los derechos humanos. Pero de eso ya hablaremos.

Los héroes anónimos de la colonización

Dejamos, pues, a los colonos camino de las Indias. ¿Quiénes eran? ¿Cuántos eran? Eran muy pocos: ya hemos visto que España afrontaba aquello sin un exceso de población que lo facilitara. Sabemos que en el segundo viaje de Colón irán unas 1.500 personas. Por las listas de pasajeros de la Casa de Contratación de Sevilla y del Consejo de Indias, sabemos también que entre 1509 y 1529 -veinte años- marchan allá 3.902 personas. Más tarde, entre 1533 y 1539, cuando la conquista se orienta hacia el hemisferio sur -Perú, Bolivia, Argentina-, salen 8.000 españoles. Muy pocos.

Todos provienen de la Corona de Castilla, según habían acordado Fernando e Isabel, y según había dispuesto la reina en su testamento. Por orden de cantidad, son de Andalucía, Castilla la Vieja, Extremadura, Murcia, Albacete... Después vendrán los gallegos y los vascos. Con mucha frecuencia se trata de segundones de familias hidalgas sin recursos. La gran mayoría son muy jóvenes. Y el 90 %, nada menos, varones; muchos de ellos casarán con indias, y así comenzará ese fenómeno tan típicamente hispano que es el mestizaje en América. Pocas mujeres cruzaron el mar: entre los años 1509 y 1538, el número de mujeres que se embarca hacia las Indias es sólo el 10 % del total. La mayoría de estas mujeres -valerosas, porque hay que calibrar lo que era aquel viaje- van a encontrarse allá con sus maridos. En algunos casos, al llegar conocerán que sus maridos han muerto; con estas valientes damas viudas nacen los primeros conventos de monjas en América.

Gente muy valiente, pues; pero muy poquita gente. Eso es lo que más asombra en esta aventura: que tan pocos miles de españoles fueran capaces de vertebrar un continente tan inmenso. Esos pocos miles fueron los protagonistas de la conquista de América; ellos hicieron realidad la gran empresa política que comenzaron los Reyes Católicos.

Favores

1. En primer lugar quiero agradecer la recepción en mi correo electrónico por 1ª vez del Boletín de la Sierva de Dios, la Reina Isabel la Católica. Es para mí ya una gracia muy grande, pues ella, la Sierva de Dios me alienta y me anima a proseguir mi caminito, sea como sea, confiando contra toda desconfianza de mi natural, en Dios Nuestro Señor.

Ahora, a las puertas ya de comenzar la Semana Santa, acompañando a Cristo Jesús desde su entrada en Jerusalén hasta la Cruz y Resurrección, de la mano de Santa María, la Virgen Madre de Dios y nuestra, quiero expresar mi asombro de ser miembro del mismo Cuerpo, el de Cristo, aquí, ahora, en Valladolid, una porción de la Iglesia visible, llena del Espíritu Santo que la insufla de su Señor, presente, vivo y por lo tanto actuante.

Soy conversa judía, es verdad que la Sierva de Dios firmó el edicto de expulsión de los judíos, hermanos míos, de mi pueblo. Me alegra que los historiadores vayan dando luz a lo sucedido, y más me asombra, la soberana gracia de Dios, que hace que mi corazón ame a la Sierva de Dios, la Reina Isabel la Católica y que sea un Ejemplo para mí, necesitada de la fuerza de los que supieron con todo su mente y corazón ser esclavos del Señor, imitando a María, como lo fue la Reina Católica. Es una gracia que no dudo me llega por intercesión de ella, de la Sierva de Dios, el triunfo de la caridad de la Santísima Trinidad y de la voluntad del Sagrado Corazón de Jesús por encima de los acontecimientos humanos, de los errores y de los aciertos de los miembros de la Santa Madre Iglesia.

Gracias Señor Jesús, por salvarme y mostrarme tus designios de amor, la victoria de la Santa Cruz.

Gabriela Gorkin Klincovich

2. Quiero enviarles este favor que aunque pequeño, puede servir de muestra a los muchos que voy recibiendo por medio de nuestra Reina Isabel la Católica. En un serio problema informático de difícil solución, y más por la premura del asunto, tras encomendarlo a la Reina, obtuve la respuesta que necesitaba y venía solicitando desde hacía meses, pudiendo presentar todo en el plazo debido.

Les rogamos continúen enviándonos los favores obtenidos por intercesión de la Reina, no importa que se trate de cosas de poca relevancia.